



García Monerris, Encarna; Frasset, Ivana y García Monerris, Carmen (eds.): *Cuando todo era posible. Liberalismo y antiliberalismo en España e Hispanoamérica (1780-1842)*, Madrid, Sílex, 2016. 397 pp.

Cuando todo era posible. Un sugerente título que nos remite casi instintivamente a reflexionar sobre el origen, un principio creado *ex nihilo* y/o fundador de elementos nuevos. Igualmente, el concepto absoluto del todo nos remite de forma natural a contraponerlo con la nada. De tal forma que podemos completar nuestro título añadiendo al «cuando todo era posible» una coletilla: y nada era improbable. Y es que, parafraseando al gran José Hierro, «después de todo, todo ha sido nada, a pesar de que un día lo fue todo». Todo y nada, dos conceptos ontológicos enfrentados que nos hablan de la matriz de las cosas, del fundamento profundo de la existencia. Una relación dialéctica, en definitiva, que encuentra en este libro un perfecto acomodo. La raíz matricial de la problemática histórica a la que se enfrenta no es otra que la revolución. Si bien, más que la revolución *per se*, el libro afronta el reto de analizar de forma compleja los múltiples e ignotos senderos que ésta abrió, fundando la contemporaneidad en base a la dialéctica trascendente entre la revolución y su reacción. Pues si algo queda meridianamente claro en el texto es tanto la centralidad concedida a la revolución a partir de 1789 por las distintas culturas políticas, como el carácter irremediable de esta experiencia rupturista. Y es que la revolución, aunque ofreció una pléyade de ventanas de oportunidad que convirtió el Todo en posible, exceptuó una sola cosa: el retorno al pasado. De tal forma que, aunque legitimándose en la Historia, pretendiendo recuperar aquella *constitución* histórica medieval o el orden y las libertades tradicionales teóricamente perdidas, desde el liberalismo y el antiliberalismo se trazaron proyectos de futuro completamente originales y en continuo diálogo. Una dinámica histórica que, huelga señalar, no quedará restringida al marco cronológico acotado por el libro, sino que recorrerá con un carácter central buena parte de aquel largo siglo XIX.

Para emprender tan magna y digna tarea de reflexión desde la complejidad, el libro se estructura en tres líneas fundamentales de estudio. Un lugar central lo ocupa el análisis de los discursos, ya sean éstos acerca de ideas políticas o sobre las narraciones historiográficas de determinadas problemáticas. El artículo firmado conjuntamente por Encarna G. Monerris y Josep Escrig analiza la mala suerte historiográfica que han corrido los perdedores, aquellos que reaccionaron y se opusieron a las propuestas formuladas por el liberalismo. Pero a este recorrido sobre las distintas interpretaciones del primer antiliberalismo hasta nuestros días, suman los autores una sugerente propuesta metodológica para su análisis futuro. Y es que, como remarcan solventemente, lejos de poder adscribir a estos antiliberales un mero proyecto de retorno al pasado, formularían distintas alternativas para su futuro igual de modernas y originales que aquellas propuestas por el liberalismo, asumiendo su marco conceptual y compitiendo con los mismos medios por significar el lenguaje y

los espacios sociopolíticos. Esta misma filosofía es la que guía el excelente trabajo de Mónica Burguera centrado en la historia de las mujeres, particularmente en relación al espacio público. Además de analizar el devenir historiográfico del objeto de estudio, propone romper la linealidad en las explicaciones sobre el periodo con respecto a la participación de las mujeres en los espacios públicos, subrayando la movilización de las paradojas de la complementariedad de los sexos para reflexionar sobre la feminidad. Sobre dichos brochazos lisos en extremo reflexiona Manuel Chust en relación con la historiografía de las guerras de independencia iberoamericanas. El autor analiza la ingente producción científica hasta la actualidad, poniendo de relieve el cambio conceptual y metodológico que ha operado desde los años 60. De tal forma que al análisis de las guerras de independencia enmarcadas dentro del metarrelato fundacional de las naciones iberoamericanas le han sucedido profundos análisis históricos despolitizados, viéndose culminada esta perspectiva de análisis en las conmemoraciones de los bicentenarios. Unas conmemoraciones que, por otra parte, como remarca el autor, han sido más fecundas en producción que en nuevas interpretaciones sobre el periodo. Pasando del estudio historiográfico al de las ideas políticas, Marcello Carmagnani muestra la emergencia del discurso de la economía política en el siglo XVIII con el objetivo de superar las limitaciones morales de la Iglesia y favorecer la emancipación cultural de los individuos. Un discurso, del que beberá el liberalismo, que convertiría la felicidad en la riqueza de la nación. Desde el otro ángulo, Pedro Rújula muestra la emergencia del discurso contrarrevolucionario del «patriotismo monárquico» al fragor de la Guerra de la Convención contra la I República Francesa. Estructurado en torno a los conceptos de dios, patria y rey –con una preponderancia clara de este último–, dicho discurso vuelve mucho más comprensible el levantamiento de 1808 y la movilización popular alrededor de la Monarquía fernandina.

Esta dimensión más teórica es completada de forma realmente interesante –y con gran originalidad– a través del estudio de las prácticas políticas de determinados actores de primera magnitud. Unos personajes, contemporáneos a dichas formulaciones, que hubieron de luchar por defenderlas, criticarlas aportando contra-modelos, o simplemente, aplicarlas en los determinados contextos al margen de sus ideas. Y es que, desde una visión realmente sincrónica de la Historia, cabe remarcar una evidencia: *todo era posible*, ninguno de ellos sabía qué iba a suceder. De esta forma, los individuos tuvieron que gestionar sus espacios de experiencia y tomar partido, asumiendo las consecuencias de su decisión. Carmen G. Monerri ofrece un magistral análisis de la figura de Canga Argüelles. Uno de esos hombres que, como señala la autora, construirán el Estado cuando, ante el desmoronamiento del sistema y apoyado en toda su experiencia –teórica y práctica– como economista, trace las líneas maestras de un proyecto político y social que irá matizando. Un hombre que tomó partido por una solución liberal, que sufriría el encierro y el exilio como tributo de su defensa y que se movió en los estrechos márgenes del absolutismo fernandino para redimir «sus pecados» ante un monarca despótico. Estas mismas arbitrariedades tuvieron que sufrir los últimos Virreyes del Perú y Nueva España al poner en práctica las órdenes, en ocasiones contradictorias, que iban llegando con un gran lapso de tiempo desde la metrópoli. Como demuestran los estudios de Ascensión Martínez Riaza y Juan Ortiz, estos hombres se movieron entre el liberalismo gaditano y el absolutismo fernandino intentando adaptar toda la legislación que llegaba con retraso a unos territorios alejados que, en muchos casos, se encontraban en una guerra abier-

ta. De la mayor o menor habilidad de gestión, astucia política y prudencia en sus manifestaciones dependería el futuro de estos hombres. Pese a todo, como muestra Antonio Calvo, las lealtades forjadas con la ruptura que supuso 1808, ni se debieron únicamente a criterios ideológicos, ni fueron inmutables, sino que cambiaron al socaire de los acontecimientos en ocasiones por conveniencia o supervivencia.

Finalmente, el libro incluye el análisis de dos casos hispanoamericanos, aportando una dimensión transnacional al estudio del liberalismo y antiliberalismo y situando su partida de nacimiento a ambos lados del Atlántico en un mismo contexto de crisis imperial. Siguiendo la misma línea que ha venido desarrollando en otros trabajos, Ivana Frassetto defiende el desarrollo de una revolución liberal en Nueva España/México antes de la independencia definitiva en 1821, rompiendo el discurso tradicional al disociar sendos términos junto con el de monarquía. Para ello, analiza someramente una serie de aspectos esenciales de la construcción del Estado-Nación mexicano en las primeras décadas del siglo XIX como son la fiscalidad, las fuerzas armadas o la educación. Con ello demuestra holgadamente la incidencia que supuso el liberalismo gaditano y la revolución liberal en México, así como su profundización en los años 20 y la reinterpretación en clave moderada en los 30 de dichos aspectos. Siguiendo esta misma línea conceptual y metodológica, si bien con las limitaciones que suponen analizar sólo la prensa, Laura Martínez traslada el debate a la provincia cisplatina. Así propone que la revolución liberal precedió en Uruguay a la independencia definitiva en 1828, sin problematizar en este caso acerca de las reacciones antiliberales.

En definitiva, podemos hablar de un libro harto esclarecedor acerca del panorama historiográfico del primer liberalismo y sus reacciones en un marco espacial amplio, aunque ceñido a la antigua Monarquía Hispánica. Unos modernos y antimodernos, liberales y antiliberales, revolucionarios y reaccionarios que compitieron con los mismos mecanismos en el espacio público por monopolizar las ideas, los lenguajes y los espacios de la nueva sociedad civil. Dos caras de una misma moneda cuyo origen se hallaba en la revolución, partera tanto de unos como de otros pensamientos y prácticas, y cuyo devenir se sustentaría en sus fantasmas.

David San Narciso Martín
Universidad Complutense de Madrid
Davsanna@ucm.es